

EL DEFENSOR DEL OBRERO

PROBLEMAS ABANDONADOS

Las horas sobrantes

Los hombres de Gobierno que sin preparar el terreno, sin estudio alguno de los problemas secundarios sin organizar una implantación por etapas decretaron la jornada de ocho horas, han causado grave daño a la masa obrera en particular y al país en general.

Pocas veces se dará en esta nuestra nación, a la que tan justamente pudiera llamarse la nación de las improvisaciones, una repentinización e incomprensible como la que hoy comentamos.

Hay en ella aspectos que es deber nuestro comentar. Una vez adoptado el tipo general de ocho horas de trabajo los obreros tendrán libres otro buen puñado de ellas. ¿Cómo las emplearán?

He aquí la pregunta que actualmente se hacen los sociólogos de todos los países donde fué puesta en vigor la nueva jornada.

¿Dónde irá el obrero que a las seis de la tarde se encuentra en medio de la calle sin tarea alguna obligatoria?

La respuesta no puede ser sino una: a la taberna. Y para que así ocurra conspiran infinidad de factores.

Las casas en que habitan los obreros de nuestras ciudades constituyen un medio francamente hostil, incapaz de inspirar esa ternura indefinible que hace al hombre amar los muros de su hogar. En Madrid los domicilios de los obreros son zahurdas mal olientes, sin aire sin sol, sin agua, sin retrete muchas de ellas. Y el padre huye a refugiarse en la taberna, la mujer a comadrear en el portal o en el corredor, y los chiquillos a triscoar en la calle arracimándose en las traseras de coches y tranvías.

Este problema de la vivienda obrera tiene una trascendencia ideológica, que acaso supere a su importancia higiénica, con ser esta enorme.

Una casita limpia, ventilada, de muros blancos y balcones donde el sol haga brillar los cristales y

encienda de alegría las plantas de los tiestos puede sujetar al obrero, retenerle, interesarle, dar espíritu al hogar; pero con los actuales cuchitriles sin más luz que la caída por un patio de un metro de anchura, no cabe esperar la acción sedante que el hogar ejerce cuando invita a vivir en él.

La solución sería, por tanto, bien fácil; proporcionar a los obreros casas sanas, alegres, limpias; pero esto no se improvisa. Un plan amplio de organización de viviendas obreras costaría muchos millones y, aún decidiéndose a gastarlos resultaría empresa necesitada de varios años de labor intensa.

No cabe, pues, pensar en tal remedio, constituirá una fantasía ilógica aspirar a ofrecer como solución rápida con la rapidez que la cuestión impone ésta de las casas obreras.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo arrancar al obrero de las garras de la taberna, de la seducción de los naipes grasientos, de la atmósfera viciada, física y moralmente, que envuelve veladores, a cuyo alrededor se trasiega vino, se juega el dinero, necesario para la comida y se discuten casi exclusivamente temas de flamenquismo y majeza chula?

Por mucho que se caliente el magín, no podrá encontrarse sino un remedio: ofrecer a los obreros locales confortables, limpios donde no obstante no jugar, ni beber, ni hablar de toros, se pase el tiempo gratamente oyendo conferencias, leyendo revistas y libros amenos, jugando a juegos lícitos, organizando funciones teatrales, constituyendo agrupaciones municipales, etc., etc.

Así lo han entendido otros países, constituyendo un ejemplo de ello el Ayuntamiento de París, que actualmente discute y puntualiza la organización de estos centros, a los que ha decidido agregar un Museo donde se expongan los últimos adelantos de instrumental y técnicas correspondientes a cada oficio.

¿Caro? No mucho; pero aun cuando lo fuera, siempre barato comparado con los daños sociales que, no tardando, ha de acarrear ese remanente de horas que el

obrero no ha de saber cómo emplear.

Sobre cuestión de tanto interés llevo publicados varios artículos; en la prensa extranjera se estudia con mucha constancia este problema de las horas libres. Parece, pues natural que aquí se hubiera por lo menos iniciado ya el tema. Sin embargo, ni señales hay de que nuestros políticos y gobernantes se hayan apercebido de la existencia de este problema que, aunque abandonado por ellos, es acaso el aludido más importante de la concesión de la jornada de las ocho horas.

Dr. César Juarros.

MADRE

Santo nombre de madre que los cielos supieron dar a quien nos dió la vida; lámpara de mi amor, siempre efcendida; fecundo manantial de mis anhelos.

Dulce como la paz son los consuelos que reportan al ánima afligida: ellos calman el triste la amargura sanan; ellos calman sus penas y sus duelos.

¡Madre! te llama el hombre que te adora
¡Madre! te dice el huérfano que llora.
¡Madre! gime el mortal en su agonía.
Ve si será consolador tu nombre que el cristiano a la Madre del Dios (hombre) la llama en sus tristezas: ¡Madre mía!
Felipe A. de la Cámara.

Estudios Sociales

LA SEDUCCION DE LA CIUDAD

Es un fenómeno cada día más intenso y cuya agravación las estadísticas reflejan fielmente. Las gentes abandonan los campos para irse a vivir a la ciudad. En unos 50.000 se calcula el número de habitantes que ganó Madrid del otoño pasado a éste, faltan casas, escasean fondas y hoteles, la masa se apretuja en las calles y mientras, poco a poco, vanse quedando desiertos los campos. Se cae de brazos para las faenas agrícolas, los ricos dejándose seducir por el encanto sensual de la ciudad a ella acuden sugestionados por las leyendas de unos placeres que, cuando se gozan, es pagando en moneda de salud.

Donde la emigración presenta mayor intensidad es en las mozas, que prefieren ser criadas en la capital a vivir en sus hoga-

res aldeanos, aún exponiéndose a todos los riesgos espirituales y materiales que las grandes poblaciones representan para las jóvenes que en su tráfago se zambullen, sin contar con una protección social eficaz. He aquí un nuevo motivo de quebranto para el vigor de la raza. La ciudad es malsana, devoradora, insaciable de energías, foco de contagios morbosos, de atmósfera y ambientes impuros, sin paz para el espíritu ni para el cuerpo. De vivir en ella a habitar en una aldea, varían considerablemente las probabilidades de enfermar. Los números lo pregonan fría, serenamente. En el mes de Mayo del pasado año última estadística publicada por el Instituto Geográfico y Estadístico se recogieron los siguientes datos.

Defunciones por cada 1.000 habitantes	Enfermedad	
	Capitales	Provincias
Tifoidea	12'25	9'61
Viruela	9'17	6'52
Tuberculosis pulmonar	106'38	69'11

Poniendo la vista en cumbres un poco por encima de los egoísmos y conveniencias individuales, resulta fácil ver cómo el predominio de la ciudad representaría un grave riesgo para el futuro de la raza. En las capitales muere más gente que nace y si no fuera por la leal fecundidad de los campesinos, el desequilibrio entre la cantidad de los nacidos y los muertos no tardaría en traer el comienzo de la agonía del pueblo español.

No son teorías, sino hechos concretos, precisos, fuera de toda discusión:

Mortalidad por 1.000 - Natalidad por 1.000		
Capitales	2'24	2'15
Provincias	1'81	2'42

¿Pero quién impedirá que el encanto de la ciudad siga alucinando a las gentes? ¿Cómo resistir a la magia de su lujo, de su sensualismo, de sus edificios como palacios? ¿Qué argumentos podrán llevar el ánimo del pobre labriego, inculto, el convencimiento de que se halla más cerca de la salud y felicidad allí, entre sus aperos de labranza, al aire libre, bajo el palio dorado del sol,